

pesar de retirar la cabeza, cedía a la dulzura del beso. Duró varios segundos. Pero luego la joven sacudióse rebeldemente, alargó los brazos y se soltó con súbita energía, gimiendo:

— ¡Oh, qué abominación, qué vergüenza!... ¡Déjeme, déjeme!... Lo que usted hace es propio de un miserable.

Raúl intentó bromear y, furioso contra ella, la hubiera injuriado de buena gana. Pero no encontraba palabras. Y mientras ella, luego de rechazarle, huía entre las sombras, repetía él en voz baja:

— ¿Qué significa esto?... ¿Acaso es pudor?... Total, ¿qué?... ¡Ni que hubiera cometido un sacrilegio!...

Se puso en pie, subió por el talud y la buscó. ¿Dónde? La espesa maleza protegía su huída. No había ninguna esperanza de hacerse con ella.

Vomitaba juramentos; no encontraba en él más que el odio y el rencor de un hombre burlado; y ya rumiaba el horrible propósito de volver a la estación para dar la alarma, cuando oyó gritos a cierta distancia. Procedían de la carretera, y concretamente de un lugar disimulado por una loma, donde Raúl suponía que debiera estar el carruaje. Corrió hacia allí. Vió, en efecto, los dos faroles, pero le pareció que giraban y cambiaban de dirección. El carruaje se alejaba, no precisamente al trote apacible de un caballo, sino al galope de un animal sobreexcitado por latigazos. Dos minutos más tarde, Raúl, guiado por los gritos, adivinaba en la oscuridad la silueta de un hombre que gesticulaba entre zarzas y breñas.

— ¿Es usted el médico de Romillaud? — dijo Raúl—. Me mandan desde la estación a su encuentro... ¿Acaso le han atacado?...

— ¡Sí!... Ha sido un caminante que me preguntaba por el camino. Al parar yo, me ha cogido de la garganta, me ha atado y me ha arrojado a la maleza.

— ¿Y ha huído con su carruaje?

— Sí.

— ¿Solo?

— No, con alguien que se le ha unido... Entonces es cuando he gritado.

— ¿Era hombre o mujer?

— No lo he visto. Apenas han hablado, y lo han hecho en voz baja. En cuanto se han ido, he gritado.

Raúl consiguió sacarlo de la maleza y le dijo:

— ¿Qué, no le había amordazado?

— Sí, pero mal.

— ¿Con qué?

— Con mi pañuelo.

— Hay una manera de amordazar que pocos conocen—dijo Raúl, que cogió el pañuelo, derribó al galeno y se puso en disposición de enseñarle cómo se actuaba.

La lección fué seguida de otra operación: la de atarle sabiamente con la manta y el cabestro del caballo que Guillermo había utilizado (porque no podía dudarse de que el agresor fuera Guillermo y de que la joven se le había unido).

— ¿Verdad que no le hago daño, doctor? Me sabría muy mal. Además, ahora ya no tiene que temer espinas y ortigas—añadió Raúl conduciendo a su prisionero—. Aquí tiene un

sitio donde no pasará una noche del todo mala. La hierba habrá recibido mucho sol porque está seca. No me dé las gracias, doctor. Y crea que si hubiera podido evitarlo...

La intención que entonces llevaba Limézy era la de emprender un paso gimnástico para alcanzar a toda costa a los fugitivos. Estaba rabioso por la jugarreta. ¡Qué estúpido era! La tenía en sus garras y, en vez de oprimirle la garganta, se entretuvo en besarla. Pero, ¿acaso en semejantes circunstancias se conserva claridad de ideas?

Sin embargo, aquella noche todas las intenciones de Limézy se resolvían en actos contrarios a ellas. En cuanto dejó al doctor, aunque no había desechado su proyecto, volvióse a la estación con un nuevo plan, que consistía en subirse al caballo de un gendarme para decidir mejor el éxito de la empresa.

Había observado que los tres caballos de la gendarmería se encontraban bajo un techado ante el cual vigilaba uno de los gendarmes. Llegó allí. El vigilante dormía a la luz de un farol. Raúl sacó el cuchillo para cortar una de las cuerdas que ataban a los caballos; pero, en vez de eso, se puso a cortar suavemente, con todas las precauciones imaginables, las cinchas desabrochadas de los tres caballos y las correas de las bridas.

Así sería imposible perseguir a la señorita de los ojos verdes cuando se dieran cuenta de que había desaparecido.

—No sé muy bien lo que hago—se dijo Raúl volviendo a su departamento—. Me está mareando esa imbécil. Nada me sería más agradable que entregarla a la justicia y cum-

plir mi juramento de venganza. Pero todos mis esfuerzos no tienden más que a salvarla. ¿Por qué?

Conocía bien la contestación a semejante pregunta. Si se había interesado por la joven a causa de tener ojos jade, ¿cómo no iba a protegerla, cuando la había sentido desfalleciendo cerca de él y con los labios muy próximos a los suyos? ¿Acaso se puede entregar una mujer cuya boca se ha besado? Cierro que era asesina; pero se había estremecido bajo una caricia suya. Y Raúl se percataba de que nada del mundo podría hacer que no la defendiese contra todo y contra todos. El ardiente beso de aquella noche dominaba todo el drama y todas las resoluciones a que el instinto de Raúl, más bien que su razón, le ordenaba dedicarse.

Por eso había de ponerse en contacto con Marescal para conocer el resultado de sus investigaciones. Además, tenía que volver a verlo por lo tocante a la joven inglesa y al saco de cuero que Constanza Bakefield le había recomendado.

Marescal, rendido por la fatiga, se dejaba caer, dos horas más tarde, frente al banco del vagón apartado en que Raúl esperaba tranquilamente. Despertóse de pronto y dió luz. Al ver descompuesta la cara del comisario, trastornada la raya y lacio el bigote, exclamó:

—¿Qué ocurre, señor comisario? ¡Casi no le había conocido!

Marescal balbuceó:

—¿No lo sabe? ¿No ha oído nada?

—Nada, no he oído nada desde que usted cerró esa puerta.

- ¡Ha escapado!
- ¿Quién?
- ¡El asesino!
- ¿Lo habían cogido?
- Sí.
- ¿A cuál de los dos?
- A la mujer.
- ¿Era, efectivamente, una mujer?
- Sí.
- ¿Y no han podido vigilarle?
- Sí; pero...
- Pero ¿qué?
- Que era un bulto de tela.

Raúl, al renunciar a perseguir a los fugitivos, había indudablemente obedecido, entre otros motivos, a una inmediata necesidad de desquite. Como había sido burlado, quería ser burlador, quería burlarse de otro así como se habían burlado de él. Y la víctima designada era Marescal, al cual esperaba arrancar otras confidencias y cuyo fracaso le proporcionó una deliciosa sensación.

- Es una catástrofe—dijo Raúl.
- Una catástrofe—repitió el comisario.
- Y ¿no tiene usted ningún indicio?
- Ninguno.
- ¿Ni rastro del cómplice?
- ¿Qué cómplice?
- El que ha preparado la evasión.

— No, no hay ni rastro. Conocemos las huellas de su calzado, observadas principalmente en el bosque. Pero al salir de la estación, en un charco fangoso, han sido vistas, al lado de la señal del zapato sin tacón, señales completamente distintas de un pie más pequeño, con suela puntiaguda.

Raúl procuró ocultar bajo el banco su fangoso calzado, y preguntó con gran interés:

— Entonces, ¿había otro más?

— Indudablemente. Y me parece que ése habrá huído con la asesina utilizando el carruaje del médico.

— ¿Del médico?

— De no ser así, hubiéramos visto al médico. Y cuando no lo hemos visto es que lo habrán echado abajo del carruaje y lo habrán dejado en cualquier sitio.

— ¡Pero un carruaje puede ser alcanzado!

— ¿Cómo?

— Con los caballos de los gendarmes.

— ¡Sí, sí! Me he dirigido al techado donde los guardaban, pero al montar sobre uno de ellos, la silla ha dado una vuelta y ha rodado por el suelo.

Raúl no pudo contener la risa.

— ¡Caramba! ¡Es un adversario digno de usted!

— Es un maestro, sí. He tenido ocasión de observar al dedillo un asunto en que Arsenio Lupin luchaba contra Ganimard. El golpe de esta noche ha sido dado con la misma maestría.

Raúl se mostró implacable.

— Es una verdadera catástrofe, porque usted concedía mucha importancia a esa detención, ¿verdad?...

— Mucha—dijo Marescal, a quien su derrota inclinaba cada vez más a las confidencias—. Como en el ministerio tengo poderosos enemigos, la captura instantánea, por decirlo así, de esa mujer, me hubiera sido muy útil. El asunto adquirirá muchos vuelos. ¡Qué escán-

dalo el de esa joven y bonita criminal disfrazada!... Yo, de la noche a la mañana, dí con la claridad... Pero después...

—Después, ¿qué?

Marescal vaciló ligeramente. Pero hay horas en que ninguna razón puede impedir que uno hable y que muestre el íntimo fondo de su alma, aunque luego se haya de arrepentir. Se puso, pues, al descubierto, diciendo:

—Además, eso doblaba, triplicaba la importancia de la victoria que conseguía yo en un terreno opuesto...

—¿Una segunda victoria?—preguntó Raúl, admirado.

—Sí. ¡Y definitiva!

—¿Definitiva?

—Claro. Nadie puede arrancármela, porque se trata de una muerta.

—¿Acaso de la joven inglesa?

—De la joven inglesa.

Raúl, sin abandonar su aire algo estulto y como si cediera, sobre todo, al deseo de admirar las proezas de su compañero, preguntó:

—¿Puede explicármelo?...

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, usted no se enterará más que un par de horas antes que los magistrados.

Marescal, desvencijado por la fatiga, con el cerebro hecho una olla de grillos, tuvo la imprudencia, contraria a su costumbre, de charlar por los codos, como un novicio. Inclínandose hacia Raúl, le dijo:

—¿Sabe usted quién era la inglesa?

—No. ¿Acaso usted la conocía, señor comisario?

—¿Si la conocía? Hasta éramos amigos; ¡buenos amigos! Hace seis meses que yo vivía a su sombra, acechándola, buscando contra ella pruebas que no podía reunir...

—¿Contra ella?

—¡Contra ella, sí! Contra miss Bakefield, que sí, ciertamente, era hija de lord Bakefield, par de Inglaterra y multimillonario, por otra parte era ladrona internacional, rata de hotel y jefe de una banda. ¡Y todo ello por gusto, por diletantismo! La buena moza había conocido mis intenciones. Y cuando hablaba conmigo se ponía burlona con gran dominio sobre sí misma. Yo había advertido a mis jefes que se trataba de una ladrona; pero, ¿cómo cogerla? Ayer cayó en mis redes, pues alguien que en su hotelito estaba a mi servicio me avisó que miss Bakefield recibió ayer mismo de Niza el plan para robar una villa: la villa B... como era denominada en una carta adjunta. También me dijo que había metido dichos papeles en un saco de cuero, junto con otros documentos nada limpios, y que se encaminaba hacia el sur. De ahí mi viaje. «Allí, pensaba yo, o la cojo en flagrante delito o me apodero de los papeles.» No necesité esperar tanto tiempo como me había figurado. Los bandidos me la entregaron.

—¿Y el saco de cuero?

—Lo llevaba sujeto a la cintura por una correa de cuero. Y ahora está aquí—dijo Marescal, golpeando la chaqueta a la altura del cinturón—. Apenas he podido darle un vistazo que me ha permitido entrever piezas irrecusables, como el plano de la villa B... al que ella ha añadido de su puño y letra, con

lápiz azul, esta fecha: 28 de abril. Y el 28 de abril es pasado mañana, miércoles.

Raúl no dejó de sufrir cierta decepción. ¿Con que su bella compañera durante parte de la noche era una ladrona? Su decepción era tanto mayor cuanto no podía protestar contra una acusación justificada por tan numerosos detalles y que, a su vez, explicaba, por ejemplo, la clarividencia de la inglesa respecto a él. Asociada a una banda de ladrones internacionales, poseía sobre mucha gente indicaciones que le habían permitido entrever, tras Raúl de Limézy, la silueta de Arsenio Lupin.

Por tanto, quizá hubiera que creer que las palabras que se esforzaba vanamente en pronunciar a la hora de su muerte eran palabras de confesión y súplicas de culpable dirigidas precisamente a Lupin: « ¡Defienda mi memoria!... ¡Que mi padre no sepa nada!... ¡Destruya mis papeles!... »

—Entonces, señor comisario, eso es la deshonra para la noble familia de los Bakefield, ¿no?

— ¡Qué le vamos a hacer! —dijo Marescal. Raúl añadió:

—¿No le desagrada eso? Y lo mismo digo de la idea de entregar a la justicia a una joven como la que acaba de escapar. Porque es joven, ¿no?

—Muy joven y muy bonita.

—Y ¿a pesar de eso?...

—A pesar de ello, caballero, y a pesar de todas las consideraciones posibles, nada me impedirá jamás cumplir con mi deber.

Pronunció semejantes palabras como perso-

na que busca evidentemente la recompensa de su mérito, pero cuya conciencia profesional domina todas las ideas.

—Bien dicho, señor comisario—aprobó Raúl, aunque opinaba que Marescal parecía confundir su deber con otras muchas cosas, entre las que, sobre todo, había odio y ambición.

Marescal consultó el reloj. Y viendo que tenía tiempo para descansar antes de que viniese el juzgado se retrepó y garrapateó varias notas en una libreta que, por cierto, no tardó en caer sobre sus rodillas. El señor comisario cedía al sueño.

Raúl, frente a él, le contempló varios minutos. Desde que se encontraron en el tren, su memoria le presentaba poco a poco recuerdos cada vez más precisos sobre Marescal. Evocaba una figura de policía intrigante, o más bien de aficionado rico que hacía de policía por gusto, pero también para servir sus intereses y sus pasiones. Era un hombre afortunado, no siempre escrupuloso, muy afecto a las mujeres, que, por cierto, le ayudaban en su carrera, algo rápida. ¿Acaso no decían que entraba de manera especial en el domicilio del ministro del ramo y que la esposa de éste no era ajena a ciertos favores inmerecidos?...

Raúl cogió la libreta y escribió, sin perder de vista al policía:

«Observaciones acerca de Rodolfo Marescal.

»Notable agente. Iniciativa, lucidez. Pero mucha locuacidad. Se confía al primero que llega, sin preguntarle su nombre ni examinar el estado de sus zapatos ni tan siquiera fijarse en su fisonomía.

»Bastante mal educado. Si al salir de una pastelería del bulevar Haussmann se encuentra con una joven a la que conoce, se le acerca y le habla, a pesar de ella. Si varias horas más tarde la vuelve a encontrar, disfrazada, llena de sangre y vigilada por los gendarmes, no se cerciora de si la cerradura está en buen estado y de si el quídam a quien ha dejado en su departamento no está acurrucado tras los bultos.

»Por tanto, no debe pasmarse si el quídam, aprovechando faltas tan grandes, decide conservar un precioso anonimato, renunciar a su papel de testigo y vil delator, tomar por su cuenta el extraño asunto y defender enérgicamente, con ayuda de los documentos contenidos en el saco de cuero, la memoria de la pobre Constanza y el honor de los Bakefield, así como consagrar toda su energía a castigar a la desconocida de los ojos verdes, sin que permita a nadie tocar uno de sus rubios cabellos o pedirle cuenta de la sangre que mancha sus adorables manos.»

Raúl, evocando su encuentro con Marescal ante la pastelería, dibujó, a manera de firma, una cabeza de hombre con lentes y un cigarrillo en los labios, y escribió: «¿Tienes fuego, Rodolfo?»

El comisario roncaba. Raúl le dejó el libro sobre las rodillas, sacó del bolsillo un frasquito, que destapó y lo hizo respirar a Marescal. Esparcióse un violento olor de cloroformo. La cabeza de Marescal inclinóse más.

Entonces Raúl, con suavidad, le desabrochó el abrigo, soltó las correas del saco de cue-

ro y las colgó de su cinturón, bajo la chaqueta.

Al mismo tiempo pasaba con marcha muy lenta un tren de mercancías. Bajó el cristal, saltó de un estribo al otro y se instaló cómodamente en el toldo de un furgón cargado de manzanas.

—Una ladrona que ha muerto y una asesina que me da horror—pensaba—son las recomendables personas a las que concedo mi protección. ¿Por qué diablos me he metido en esta aventura?